



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13080

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 3 DE JULIO DE 1905

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Casimartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Consecuencias

Es indudable que el fracaso del partido autócrata en la guerra del Extremo Oriente ha determinado en el seno de la sociedad moscovita un estado tan grande de irritabilidad que se manifiesta con cualquier motivo y va en aumento á medida que aquellos abundan.

Desde el siniestro día en que millares de obreros inertes quisieron exponer personalmente al Czar su triste situación y, lejos de ser escuchados, fueron detenidos en su marcha á la mansión soberana y perseguidos y cazados como fieras, no hay paz en el imperio de los Alejandros. Desde aquel día vive Rusia en un doble conflicto: el internacional, que ya tenía estado—muy grave por cierto—y el social, que no es menos grave, por él mismo y por lo que contribuye á la agravación del primero.

¿Responde el conflicto interior al exterior? ¿Es consecuencia del descontento que el pueblo ruso experimenta á la vista de sus tropas vencidas por un enemigo á quien siempre juzgó despreciable y en presencia de su escuadra hundida ó prisionera?

Algo habrá influido, pero no es esa la determinante mayor de su disgusto. Recuérdase lo que han dicho las agencias cada vez que se ha librado una batalla. Ni el paso del Yalú, ni la toma de Puerto Arturo, ni la toma de Liao Yang, ni la de Mukden, fueron suficientes para que San Petersburgo perdiera su aspecto ordinario. Si en el momento de sufrir el ejército un desastre estaba aquella población de fiesta, en fiesta ha continuado, como si lo pasado allende la frontera solo al vecino le importara.

No es la primera vez que nos ocupa este fenómeno ni es necesari-

rio torturar el cerebro para encontrarle lógica explicación. No se interesó al pueblo en la guerra. Al contrario: se hizo depender de la victoria un reforzamiento de los lazos que lo oprimen y así se ha llegado al caso—monstruoso para algunos—de que haya partidos moscovitas que funden esperanzas de mejoramiento en la derrota.

¿Es eso censurable? No hemos de discutirlo. Necesitaríamos ponernos en la situación de los rusos. Lo que se puede asegurar—y para esto no hay mas que colocarse dentro de la razón y de la lógica—es que de esa rara actitud de indiferencia que ofrece el pueblo ruso, son responsables los que le hicieron la guerra aborrecible, haciéndole temer que tras de la victoria no habría premio alguno, sino refinamiento de castigo: que a eso equivale una mayor reacción en el gobierno.

¿Supone cobardía esa actitud? De ninguna manera. Los sucesos de San Petersburgo y de Moscov, los de Lodz y Varsovia; los de Libau, Odessa y tantas otras poblaciones donde ha corrido la sangre a torrentes—y sigue corriendo;—los numerosos atentados contra la fuerza pública cometidos, no en la sombra sino a plena luz y la conspiración que agita la nacionalidad y que ahora se desenvuelve con empuje y estruendo formidables, no forman la característica de las sociedades resignadas y pusilánimes, sino de las fuertes y batalladoras.

Ese fenómeno que ofrece el pueblo ruso, mostrándose frio ante los revéses de fuera y airado ante la negativa de mas derechos para vivir mejor, está diciendo a voces que en su espíritu hay mas sed de libertad que de gloria; por eso pone todas sus energías al servicio de la mayor necesidad.

De como sera el estado de ese pueblo, puede dar idea lo ocurrido á bordo del acorazado «Potemkin»

Los marineros disgustados de la mala calidad de la comida acuerdan quejarse al comandante. Una comisión pretende hablar con éste y lo consigue. El marinero que lleva la representación de los comisionados avanza y expone su queja; pero no la termina, porque el comandante lo mata de un tiro.

Este hecho aislado produce un alzamiento. La rabia de la marina se refleja en el puerto y arden los almacenes del mismo; se propaga por la población y la vía pública queda cortada á trechos por formidables barricadas que se coronan al momento por decididos defensores y son atacadas fieramente por la tropa.

Y así permanece la población tres días, sirviendo de palenque, donde luchan a muerte el régimen y la revolución.

Ese es el pueblo ruso; el pueblo que al parecer no se conmueve al ver a Puerto Arturo en poder del Japon, al saber las derrotas de Kin-Chou, Mukden y Liao-Yang; el que recibe casi con resignación estoica la nueva del desastre naval.

¿Por qué esa frialdad para lo de fuera y tanto calor para lo de dentro? ¿A qué se debe ese contraste?

## TIJERETAZOS

«La Correspondencia de España» ha diseñado un artículo al tratado de París, por lo que este afecta á Montero Ríos como negociador del tratado.

Y dice cosas tan sustanciosas como esta.

«Montero Ríos fué á París á pagar culpas ajenas, á poner su firma en aquello que los enemigos exigieran.»

Verdad, mucha verdad.

Hay que ser justos y llamar á las cosas por sus nombres.

El acto de Montero Ríos fué un sacrificio y como tal, lejos de merecer censuras, merece admiración.

Y dice más aún el eco imparcial de la opinión y de la prensa:

«Tal vez si España se hubiese alzado mientras las conferencias, apoyando con su actitud la labor diplomática, llegaran los comisionados hispanos á otro resultado; pero España, en vez de coadyuvar á las demandas españolas, auxiliaba las exigencias yanquis, manifestando con una cobardía sin igual que teníamos miedo á un bombardeo, que apetecíamos la paz á cualquier precio, y que nada nos importaba como no fuesen las estocadas del Guerra, los chismes de la política y las exhibiciones flamencas, entonces aún muy en boga.»

También es verdad eso.

Acordémonos de hace siete años. Mientras se hundía frente á Santiago de Cuba la escuadra de Cervera, el público pedía caballos en la plaza de toros.

Y al llegar la noche, cuando fué conocido el desastre, tanto se hablaba de las estocadas de los matadoras como de la desgracia de nuestros pobres barcos.

Hoy aniversario de aquella fecha triste, cuántos españoles no la recordarán.

Pena cuesta decirlo; pero lo que dice «La Correspondencia» es cierto.

Y menos mal si repitiéndolo una y otra vez nos enmendáramos.

Pero somos constantes y lo dice el refrán: Genio y figura...

Lo del casamiento de una dama de la aristocracia con su confesor ha resultado una patraña; no hay tal boda.

Al dar esta noticia un periódico, añade, poniendo en la frase la intención de una mira.

Por la prensa sabrá España entera que esa noticia es falsa. Sin prensa toda España la hubiera creído.

Porque es lo que dice el colega:

«Lo hubiese creído porque en todo Madrid se hablaba de ello, dando como artículo de fe que el citado matrimonio se había celebrado.»

Que digan luego que la prensa es mala.

Si no es por ella, la calumnia hace su camino y cualquiera le corta el viaje!

## FECHA TRISTE

¡3 de Julio! ¡Triste aniversario! Siete años hace que en un día de Julio un número de orden es igual al de hoy, se escribió en la historia de España una jornada

nada triste. Al amanecer de aquel atago día tenía la nación una isla y una escuadra. Al anochecer estaban los barcos en el fondo del mar; la isla comenzaba á perderse; virtualmente estaba ya perdida.

Dejó aquel suceso huella tan honda en nuestro espíritu, que no podemos recordarlo sin dejar de sentir la impresión dolorosa que entonces nos produjo. A través de la distancia y el tiempo, respetable aquella y respetable éste, surgen en la memoria aquellos nuestros pobres barcos, piétoricos de gente silenciosa, débiles, mal armados, enfilando el puerto en busca de la muerte, sin que se oyese una protesta contra el inútil sacrificio que representaba tal salida ó tan pésimas condiciones.

¿Qué se proponía la escuadra española abandonando el puesto en pleno día? ¿Escarpar? Imposible. ¿Luchar contra la armada yanqui? Imposible también. Ni la superioridad del enemigo ni el alcance de sus cañones daban ocasión á la esperanza de morir con gloria, sin de muerte digna, huido.

Y sin embargo, los buques salieron, con sus tripulaciones silenciosas, pensando cada cual en la familia que al otro lado de los mares iba á quedar abandonada...

Santiago de Cuba no dará nombre á un combate naval. Realmente no lo hubo, no pudo haberlo; pero si un colmo de desprecio á la muerte y un ejemplo de obediencia que fué, es y será siempre digno de admiración.

Dos mil hombres faltos de defensa se arrojaron á servir de blanco á los cañones yanquis, sin más esperanza que salvar el honor, y lo salvaron.

¡Llorá los que se fueron! ¡Llorá los que sobrevivieron!

Raul.

## UN CASO EXTRAORDINARIO

Con este mismo título publica el «Diario de Burgos» lo siguiente:

«El ataque de catalepsia, que desde hace treinta y dos años venía padeciendo la vechina de Villaciencia, Benita de la Fuente, ha cesado, al parecer, de una manera tan repentina con inesperada.»

Todos nuestros lectores sabrán, seguramente, que dicha enferma se hallaba postrada en cama, inmóvil, y sin conocimiento, desde 1874, sin que durante tanto tiempo haya hablado una palabra, limitándose á

estaba caído á su lado, y con uno de sus brazos, rígido á su apariencia, sujetaba un pequeño lio que contenía su equipaje.

Había perdido por completo el conocimiento; tenía los ojos cerrados, y el granizo se quedaba ya detenido, sin deshacerse, sobre su helado rostro.

El éxito coronó esta vez sus pesquisas. A la orilla del camino, bajo una espesura de endrinos espinosos, descubrió una persona tendida á inmóvil. El granizo cubría ya sus vestidos, de modo que á cierta distancia se la confundía con la tierra, por cuya razón, sin duda, no la había distinguido Vasseur más pronto.

Detuvo su caballo frente á ella, y dijo con voz fuerte:

—¡Eh! ¡buena mujer!... ¿Qué es eso? ¿Estás dormida?

No obteniendo respuesta ni notando movimiento alguno, repitió Vasseur su llamada; pero siguió el mismo silencio y la misma inmovilidad.

Entonces le asaltó la sospecha de que la mendiga, abatida de cansancio y de necesidad, se hubiese rendido al frío, cayendo desmayada. Echó inmediatamente pié á tierra y pudo cerciorarse de que eran fundados sus temores.

Aquella mujer ofrecía el aspecto más lastimoso. Sus piés desnudos, desgarrados por los guijarros del camino, descansaban ensangrentados sobre la nieve; por encima de los andrajos que la cubrían llevaba una miserable mantelita de lana, insuficiente para resguardarla de los rigo res de la estación; el palo



Pero aquella combinación no tardó en fracasar. Sin duda el campesino, azotado de cara por la nieve y el viento, no había visto hasta entonces á los ginetes que le espiaban; pero cuando estuvo á cien pasos del camino, pareció en fin divisarlos.